

REENCUENTRO CON *EL SANTO*

JOAQUÍN ALBAICÍN

En el sillón del salón, pitillo pendiendo del labio y vaso en la zurda de zumo de tomate, me recreaba en las delicias vitales y nocturnas de *Youtube*, uno de los últimos reductos del mundo real, ese en el que –porque así ha de ser y tú lo quieres– es famoso, rico o héroe sólo quien debe y la basura psíquica se percibe apenas como moscas sueltas a las que abates con una simple pulsación en el mando a distancia de la tele. Porque *Youtube* te permite, sí, alzar un cordón de aislamiento en torno al nefasto siglo XXI y su nocivo transhumanitarismo, su aplauso solemne y burdelesco a las *influencers* de lo inguinal, sus transfamilias de *freaks* y el blanqueo netfíxico del asesino en serie con conciencia feminista, de la pendona con una máquina calculadora en el corazón y del pederasta con inquietudes medioambientales...

En *Youtube*, en efecto, podemos sentirnos a gusto y, sobre todo, solos y a resguardo de moscas quienes hemos visto naves ardiendo más allá de Orión y sabemos que los dioses del buen rollo instagramero no serán pronto más que lágrimas en la lluvia... ¡Porque en *Youtube* aún vive Jean Peters agarrada a la barra del metro con ese brazo ebúrneo y levemente sudoroso que invita a ser homenajeado con mordiscos de pasión!

Mi incursión en la vida real había empezado a eso de las diez, tras cenar pronto. Luego de la visita de rigor al programa de Eurico Campano, me había emocionado con un José Alfredo Jiménez ya en el ocaso conmoviendo con su ranchera sombrero charro en mano a una agraviada y encelada Lucha Villa, y también con *Manitas de Plata*, José Reyes y su gente formándola por rumba en Les Saintes-Maries-de-la-Mer. Había visto *El fantasma invisible*, con un Bela Lugosi eternamente en candelero en esa vida internética pero, pese a ello, fiel a la verdad. Sólo Bela –¡increíble sutileza!– es capaz de



estrangular a un ser humano no con las manos o una soga, sino... ¡con un abrigo! ¡Y pesado como un capote de brega! ¡Toma ya! ¿Quién si no él? ¡Que lo haga otro, vamos! Había vuelto a ver la impagable entrevista a Emilio *Indio* Fernández en el penal y varias a Aubrey de Grey, el gurú científico en pie de guerra contra el envejecimiento y por quien aspiro a ser algún día aceptado como ratón de laboratorio. Había asimismo revisitado varias conversaciones con ese paradigma de lucidez que

es el subcomisario Amedo. Y puesto luego *El desertor* para, en Berlín Oriental, vivir junto a Montgomery Clift un romance con una enfermera y enfrentarme a las torturas psicodélicas de la *Stasi*.

Y entonces... sucedió. ¡El deslumbramiento advino!

No aconteció en Damasco, sino en Ginebra, en cuya embajada soviética y en *El prisionero ruso* –un redondísimo episodio de *El Santo*– Simon Templar/Roger Moore viene a coincidir en un cóctel con la oficial residente del KGB. El tenso encuentro nos aprieta un nudo en la garganta, porque esa agente de Moscú, ¿no es la misma a la que se enfrenta su *alter ego* James Bond/Sean Connery en *Desde Rusia con amor*? Eso nos parece de primeras, sí, pero gracias a nuestra veteranía, que es un grado, no tardamos en reparar en que se trata en verdad de nada más y nada menos que Yootha Joyce, es decir, de la Mildred de *Los Roper*. No sé ustedes, pero yo nunca descarté que ese matrimonio del extrarradio londinense fuese de tapadillo una célula durmiente al servicio del Kremlin. Ambos, como *El Santo*, vivieron en días en que, en palabras del embajador de Moscú, anfitrión de los dos o de los tres, era de más provecho político el caviar que la dinamita. Y, aunque los Roper no probaran nunca las huevas de esturión ni se manejaran con explosivos, su labor de socavación de la moral y la estabilidad psíquica de la clase trabajadora británica aspirante a convertirse en burguesía – encarnada por su vecino– fue más que patente. Se las hicieron pasar putas, con perdón.

Lo admito. Nunca, la verdad, me había convencido el rollo Roger. Siempre había encontrado a Moore como que muy almibarado y blandito, no lo veía ni en lides de Bond. Pero la incontestable evidencia de que Mildred Roper fue espía soviética y mi inmersión en otros episodios de la serie me han redescubierto mi afinidad con ese mundo de *El Santo* con paredes de papel pintado como el que, con escenas de una cacería del zorro por un bosque británico, cubría las paredes del salón de mi abuela, así como con sus efectivos golpecitos de kárate, su inolvidable modo de repeinarse entre mamporro y mamporro a los malvados enemigos del Este, los desmayos que causa en las rubias y su elección de ser hombre de *smoking* en un mundo de gabardinas y americanas de mezclilla tan defectuosamente cortadas como todo lo socialista.

¡Pero me he reconciliado con *El Santo*! Y es que no existe a día de hoy más potente remedio audiovisual que *Youtube* para desengancharte de esa espesa sopa televisiva en que la esquizofrenia, la familia disfuncional y la ninfomanía empoderada nos son restregadas por la cara como paraísos de estabilidad mental y modelos a seguir y poetizar. Si se quiere salvar el alma de al menos una parte de la chusma resulta preciso, ya está claro, que ésta encaje con estoicismo un revolcón de vaca vieja que le abra los ojos y reeduce a base de *Los Roper*, 1, 2, 3... *responda otra vez, El Santo, La Clave* de Balbín, José María Íñigo, *Espacio* 1999...

¡Ah! ¿Qué haríamos sin ti, *Youtube*?